2728
~~3037~~
3549-
3550

Numero 1.

OBSERVATORIO PINTORESCO.

Advertencia.

Intimamente convencidos los editores del periódico, que bajo este título continuará publicándose en los dias 7, 15, 23 y 30 de cada mes, de que la estension de un prospecto es casi nula y de ninguu efecto, han renunciado á semejante idea.

En poquísimos, ó por mejor decir en casi ninguno, se puede asegurar sin temor de ser desmentidos, ha reinado la verdad. Todos han ofrecido consagrarse, ó á difundir las luces, á dirigir la opinion pública ó á fomentar las artes; todos han ofrecido lo útil y lo ameno, y aunque el público ha buscado con ansiedad el cumplimiento de semejante oferta, ha leido en vano, y en cámbio solo ha encontrado el fastídio é insipidez. De aquí ha nacido el mayor mal para la literatura nacional. El público engañado la mayor parte de las veces, juzga que todavia quieren darle un nuevo petardo, y en este concepto prodiga mas altamente su desprécio al editor ó autor que mas le ofrece. Fatal esperiéncia.

Si muchas de las empresas periodisticas se han visto precisadas á suspender sus trabajos, no se debe buscar la razon en la falta de gusto del pueblo español á la lectura, como se quiere suponer; otra es la causa, ó por mejor decir várias, y entre ellas: 1.ª el escesivo coste de vários periódicos: 2.ª la falta de interes: 3.ª la falta de cumplimiento en lo ofrecido. Estas y no otras son las razones porque el público ha desechado á los pocos meses lo que acogió con benignidad en un princípio.

Convencidos de esta verdad los editores del Observatório pintoresco, buscando la utilidad própia y general, se han propuesto llamar la atencion de sus compatriotas de dos modos. El primero proporcionando su papel á todas las clases de la sociedad, por su módico précio; y el segundo por su utilidad, interes y amenidad.

El simple relato de las matérias en que se proponen ocupar, y los médios de que echarán mano, bastará para convencer á los lectores de la posibilidad de conseguir su objeto, y por lo tanto se abstienen de hacer el panegírico de cada uno de los puntos en que se dividirán la mayor parte de sus números.

Aunque no siempre guardarán estos el mismo órden con que aquí se espresan, el Observatório pintoresco presentará en sus columnas la história cronológica y natural, la biografía de los hombres mas eminentes por sus virtudes, talentos ó valor, la descripcion de los edificios estátuas y ciudades de España, sin escluir los de los demas paises. Aplicaciones y juegos sorprendentes de física, el estado antiguo y moderno de las artes bellas y liberales, artículos de costumbres, cuentos y composiciones poéticas; y en fin, en el número último de cada mes, una relacion de la variedad de las modas. En todas las matérias preferirá las nacionales á las estrangeras.

Todos los números irán adornados con viñetas grabadas en madera en esta corte, y por jóvenes españoles. Todos los meses recibirán los señores suscritores dos estampas litografiadas del mismo tamaño y dibujo que la adjunta.

Por su elegáncia tipográfica, por el gusto en los grabados, el lujo de sus estampas, y por lo selecto de sus matérias, el Observatório pintoresco será digno de la alta clase de la sociedad, protectora siempre del buen gusto.

Por su módico précio puede ocupar un lugar á par de los instrumentos mecánicos en el taller del artesano.

Los editores y los artistas que con tanto arrojo se lanzan á la arena, confian en que el público acogerá indudablemente con benignidad una empresa, que al paso que tiende á estender entre nosotros un ramo desconocido, como es el grabado en madera, propagará el conocimiento de las artes contribuyendo al bien y felicidad de su pátria de un modo recreativo, y á favor de unos médios hasta ahora no empleados en nuestra España, ó empleados de un modo poco dignos de ella.

A pesar de que la empresa cuenta con todos los elementos posibles para marchar con confianza, y llegar al fin que se ha propuesto, admitirá gustosa los trabajos de cualquier espécie con que tengan á bien favorecerle tanto los amantes de las letras como de las artes.

Précio de suscricion. Al mes CUATRO reales.

SIGLO XIV.

1.°

Cuatro horas largas habian pasado desde que don Juan y D. Pedro Carvajal habian sido arrestados de órden de don Fernando el IV de Castilla sin ninguu

miramiento á su ilustre cuna en un lóbrego calabozo y cargado de cadenas. Jamas los rayos del Sol habian penetrado en aquella mansion subterránea donde fueron forzados á entrar, parecia el reino de las tinieblas, el conjunto de la oscuridad, el caos. Aunque iluminada por una pequeña lámpara confusamente se podian distinguir los objetos; apenas se veian los escaños en que estaban sentados los caballeros; la estension de aquel recinto, las espesas paredes se perdian en la oscuridad.

Desde el momento que sin saber por qué D. Juan y D. Pedro habian sido despojados de sus armas, y aprisionados y tratados con tan escesivo rigor, no pudieron menos uno y otro de entregarse á las mas profundas meditaciones, para ver si podian averiguar la causa de su castigo, nada les remordia su conciéncia, no habian ejecutado nada de que pudieran arrepentirse.

Ocupados uno y otro en buscar recuerdos de su conducta anterior, aun no habian proferido una sola palabra desde que se les habia privado de su libertad, y no hallándolos, D. Pedro algo mas tranquilizado lanzó un suspiro de desahogo. Su hermano le escuchó, y aquel suspiro interrumpió el hilo de sus cavilaciones melancólicas, aquel suspiro le recordó que no era él el solo que respiraba en aquel lugar olvidado de los hombres, y sensible á aquel supiro no pudo menos de preguntar á su hermano. ¿Temes algo? ¿gimes? ¿lloras? ¿tal vez serás culpado? No Juan: en todos los dias de mi existéncia mis acciones las han regulado mi conciéncia y mi honor, ningun delito he cometido, sin embargo al verme tratado con tanta crueldad he dudado de mí mismo, he examinado todos los dias de mi vida uno por uno y en todos ellos mi corazon ha obrado siempre segun las inspiraciones de mi Dios, nada tengo por qué temer y no temo, mi corazon está tranquilo.

Yo tambien lo estoy, no debemos sobresaltarnos, sin duda han alucinado á D. Fernando, algun envidioso de nuestro engrandecimiento..... ¿qué dices?

Nada, me figuro lo mismo, la calúmnia ha podido empañar por un momento nuestra acrisolada lealtad, pero..... No pudo proseguir mas, los cerrojos de la prision se habian descorrido con estrépito, habian abierto la puerta, y al abrirla brilló la llama de una hacha de viento, ni aun esta llama bastó para iluminar claramente el todo de la estáncia, aquella llama luchó con la oscuridad, y no pudo vencerla completamente. Un personage apareció en el centro de esta puerta. El oro cubria la mayor parte de su vestidura, una piel de armiño pendia de sus hombros y una pluma azul flotaba sobre su capacete. Este personage era D. Juan Manuel tio del rey.

En el momento que los presos le miraron, ya conocieron el motivo de su prision. D. Juan Manuel era su enemigo capital, no podia mirar con indiferéncia el ascendiente que los Carvajales tomaban sobre el rey y la preferencia que este les mostraba. Envidioso y altanero no podia sufrir ningun competidor, mucho mas cuando aspiraba á ceñirse la corona de Castilla. Al cabo de algunos instantes despues de dirigir la vista al uno y al otro, pronunció estas palabras: La compasion y el aprécio que me mereceis me han conducido hasta aquí. Se os imputa un crímen atroz, vários nobles han depuesto contra vosotros, vuestra muerte la veo próxima; sin embargo, yo puedo salvaros, yo puedo devolveros la libertad y librar á vuestra família de la infámia; para ello no exijo de vosotros mas que una palabra, palabra que será para vosotros de vida ó muerte.

Antes de que paseis mas adelante, decidnos, don Juan, pregunto D. Pedro con calma ¿que crímen es el que nos imputan?

El asesinato de Benavides cuando salia del palacio Real de Paléncia.

¿Y quienes son nuestros acusadores?

Lo ignoro.

No lo sabeis, D. Juan, nuestros acusadores todos se reducen á uno, y acaso yo os lo pudiera nombrar, pero estad seguro que tanto mi hermano como yo escudados con nuestra inocéncia, sabremos confundir las alevosas maquinaciones de un rival envidioso á pesar de su elevado carácter.

Me holgára de ello, respondió D. Juan, creed que vuestra suerte me interesa tanto como la mia. Por eso mismo vengo á vuestro calabozo á ofreceros la libertad.

Decid.

Todos los grandes, los gobernadores y el clero si han tolerado hasta aquí el yugo de D. Fernando, ha sido por no poderlo evitar, ahora que les es posible, quieren atajar los males de su pátria, quieren que una mano mas hábil maneje la nave del Estado ¿se podria contar con vosotros y vuestros parciales?

¡Don Juan! esclamaron los dos hermanos: somos inocentes; pero aun cuando no lo fuésemos, jamas seriamos ingratos á D. Fernando.

Pero...

Callad, callad, D. Juan, prosiguió D. Pedro lleno de cólera, y esforzándose á ponerse en pie. Siento el peso de mi cadena; su gravedad es superior á mis fuerzas, si no ya os hubierais arrepentido de vuestra proposicion.

¡Os obstinais!...

D. Juan; dijo esforzando la voz uno de los Carvajales: salid pronto de aqui, salid, marchaos.

Bien: dijo el tio de D. Fernando con una sonrisa irónica. ¿Quereis morir? mañana morireis.

¡Mañana! El rey no nos condenará sin oirnos. El rey no puede faltar á la justicia.

No direis eso mañana en el cadalso.

II

Un pregon acababa de publicarse en la plaza pública de Martos. Por este pregon se condenaba á ser

despeñados á los hermanos D. Juan y D. Pedro Carvajal, por el asesinato del caballero Benavides, cometido en Paléncia. El pueblo oyó con asombro semejante senténcia; las virtudes de los Carvajales eran sobradamente conocidas, y por lo mismo fueron muy pocos los que á pesar de tal senténcia los llegaron á creer culpados. Sin embargo, D. Juan y D. Pedro caminaban á la muerte; todos al verlos derramaban lágrimas de dolor y de compasion; ellos caminaban con su frente erguida en médio de los soldados que los custodiaban. En su semblante se veia la pureza de su alma, y en su serenidad el fallo de la injustícia. En médio de la multitud que miraba absorta á los desdichados Carvajales, se hallaba mezclado D. Diego Lopez de Haro que acababa de llegar á Martos, amigo y privado del rey, y amigo de los sentenciados; estos le distinguieron, y con una voz firme y llena de magestad le dirijen estas palabras. D. Diego, somos inocentes; un amigo nos hace falta; un amigo que temple el inflexible carácter de D. Fernando, que le mueva á que nos oiga ó que nos dé tiempo para probar nuestra inocencia. Sí, contestó D. Diego; los momentos son preciosos; confiad en mí; voy á implorar la suspension de vuestro suplício. Dicho esto D. Diego desapareció; todos le abrieron paso á porfia, y todos confiaron en que obtendria un resultado favorable. Los Carvajales caminaban lenta y pausadamente al precipício que debia terminar sus dias. En médio de su carrera no dejaron de repetir que morian inocentes, pero semejante confesion era inútil. El carácter de D. Fernando era inexorable, y pocas veces solia variar sus disposiciones. Salieron de la ciudad y subieron el gran peñon que la domina. La mayor parte del pueblo incitado por vários deudos de los Carvajales gritaron tumultuosamente. Unos imploraban perdon, otros que se aguardara la venida de D. Diego. Algo contuvo á los encargados de la ejecucion este alboroto y á pretesto de ofrecer á los reos los últimos auxílios espirituales, esperaron algunos momentos. Todos tenian fija la vista en la puerta de la ciudad, todos esperaban con ánsia ver á D. Diego, pero D. Diego no parecia. El momento crítico habia llegado, los dos hermanos iban á ser vendados, pero estos próximos á su fin, quisieron antes hablar al pueblo y dijeron; "Pues que el rey se hace sordo á nuestras justas súplicas, y se niega á hacernos la debida justicia, si en la tierra aparecemos culpables á los ojos de los hombres, apelamos al tribunal divino, y citamos ante él para dar cuenta de nuestra senténcia al rey que nos castiga en el término de treinta dias. Somos inocentes, lo juramos por nuestro honor y nuestra futura salvacion, y jamas hemos jurado en vano; morimos inocentes, inocentes.

En este tiempo una mano brutal y desapiadada precipitó á los desgraciados: aun repetia el eco la palabra *inocentes, inocentes,* cuando sus cráneos se magullaban contra las piedras y sus miembros saltaban en la falda del precipicio. Un grito de horror resonó en todos aquelos contornos. Ninguno se atrevió á volver los ojos al paraje que enrojecia la sangre de dos víctimas; todos volvieron á la ciudad murmurando entre sí y derramando copiosas lágrimas. Esta terrible impresion desapareció al cabo de algunos dias; pocos recordaban ya esta catástrofe, cuando un hecho singular la hizo eterna y memorable. Un dia aguardaban todos los cortesanos á D. Fernando en su antecámara, le aguardaron por muchas horas, inutilmente; D. Fernando no podia presentarse á ellos; D. Fernando habia muerto. Ya habia dado cuenta al Redentor de la muerte de los Carvajales. Treinta dias sobrevivió á sus víctimas, el término de su emplazamiento; por esta causa se adquirió un nuevo sobrenombre, el *Emplazado.*

1.°

La Cita.

A la falda de un monte escarpado
se descubre una gótica ermita,
mansion santa que tan solo habita
un ministro del sumo Hacedor;
La quietud y siléncio allí reinan,
allí siempre hay reposo eternal,
allí solo percibe el mortal
los gorgeos de algun ruiseñor.
Dos cipreses sus copas elevan
en la amena y estensa pradera,
y un sepulcro de piedra grosera
muy cercano se mira tambien:
frescas rosas en torno le cercan
que con débil y trémula mano
á la aurora las riega un anciano
que en regarlas se cifra su bien.
Várias veces su pálido rostro
una lágrima ardiente bañó,
várias veces allí suspiró
cuando el Sol ocultára su luz;
pero luego en el pecho sentia
poco á poco endulzarse el dolor
á la par que esclamaba ¡ Señor!
tú sufristes aun mas en la cruz.
A este sítio mancebo arrogante
el apuesto en Castilla y galan
cabalgando en fogoso alazan
se encamina de noche á las tres.
Una cita motiva su viage,
no recela aunque solo venir,
si vá espuesto tal vez á morir
él confia en su yelmo y arnes.
Todo el cielo cubierto de nubes
anunciaba tormenta fatal,
de la ermita no llega al umbral
cuando trueno lejano se oyó:
ya la lluvia á torrentes caia,
ya el relámpago brilla fugaz,

mas inmóvil del mozo la faz
ni el temor ni la rábia alteró.
Allí espera que esperar jurára
por la cruz de su espada y su honor,
y aunque arrécia del tiempo el furor
su influéncia no ejerce sobre él,
Un suspiro tan solo exhalára,
un suspiro que arranca el amor,
una hermosa le infunde pavor,
esta hermosa se llama Isabel.
Trotar oye, previene el oido
vivo fuego su vista lanzó.
¿Si será? sonriendo esclamó
¡Isabel! ¡Isabel! ella es.
Era sí su querida adorada;
en sus brazos la llegó á estrechar.
¡O ventura! ¡ó placer singular!
ya no temo al furioso marqués.

2.°

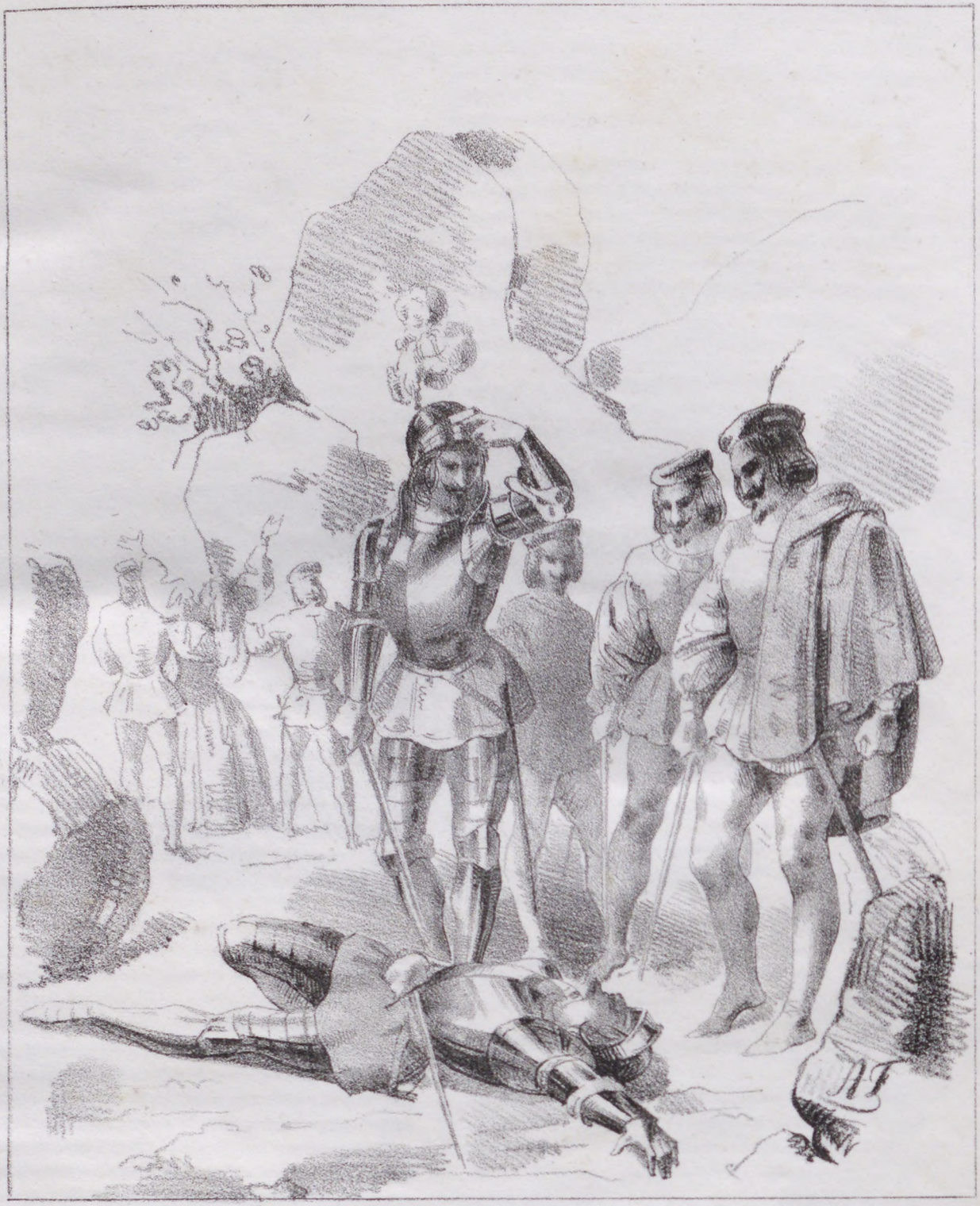
El Juramento.

Las negras sombras huian,
brillaba ya el nuevo sol,
con su brillante arrebol
las torres resplandecian.
Al rayar, el aldeano
abre su choza modesta,
sus tardas yuntas apresta,
la esteva empuña su mano.
Al rayar, el solitário
Abre la sacra mansion
Y hace ferviente oracion
De hinojos ante el sagrário.
Tres personas en la ermita
entran durante que reza,
y bajando su cabeza
oran como el cenobita.
Mas cuando acaba de orar
y el religioso los ve,
"Hermanos: les dice, ¿á qué
vinisteis á este lugar?
¿Os puedo yo consolar?
¿Quereis hacer confesion?
Verdadera contricion
el Señor os llegue á dar."
Varon santo y singular;
en tan crítica ocasion
dadnos vuestra bendicion
que queremos maridar.
Asi con voz respetuosa
habló el uno de los tres,
y añadió luego, esta es
la que debe ser mi esposa.
"¡Jóvenes sois! repuso
estrañándose el anciano,
¿en tu dama algun tirano
sus lascivos ojos puso?
Nada podemos hablar,
contestó el jóven modesto,
Padre, bendecidnos presto
si nos quereis consolar.
Pero mozo, dime al menos....
el buen viejo replicaba,
y el jóven se impacientaba
de furor los ojos llenos,
Asi se llegó á espresar,
¿quereis ahorrar un pecado?
Señor, por lo mas sagrado
nos queremos maridar.
Entrad pues al templo santo,
entrad, que Dios os bendiga,
y nunca de mí se diga
que fui causa de un quebranto.
Entraron; ante el altar
devotos se arrodillaron;
y los jóvenes juraron
vivir juntos ó espirar.

3.°

La Venganza.

Un pobre barquero,
gemia, lloraba,
y asi lamentaba
su suerte infeliz.
Para siempre he perdido mi dicha,
para siempre mi bien le perdí:
no me resta ya mas que desdicha,
ya no puedo en el mundo vivir.
Mi barquilla,
en cuya quilla
acostumbraba á pasear,
no la miran ya mis ojos:
¿sus despojos
donde están?
Cuántas veces el viajero
ó el peregrino cansado
se vió en ella trasportado,
manejando yo el timon!
¡Cuántas veces!
Ya jamas
prodigar este favor
podré mas.
¡O barquilla!
¿ni una astilla
de tí ha podido quedar?
Donde estás? En qué lugar?
Aquí calló, nada dijo,
de nuevo empezó á llorar,
y del água en la gran masa
fijos sus ojos estan.



Alza entonces la visera
uno de rojo plumaje
y dijo, atrevido paje,

Ora te veo á mis pies
ya he castigado tu ultrage,
ya se ha vengado el Marques.

Barquero ¿dó está tu barca?
oye que dice una voz,
aparejala veloz
que queremos vadear.
Él calló.
Barquero, otra vez le dice
dudando si acaso oyó,
¿Quieres pasarnos? Calló,
y otra vez rompe á llorar.
¿Qué me pides?
¡una barca!
esa charca
la tragó:
y calló.
Preciso es volverse atras
dijo un viajero, Isabel,
camino es fatal, cruel,
mas pronto descansaras.
En esto del bosque umbroso
sale vária gente armada
y le roban á su amada
sin que la pueda librar.
El jóven como valiente
sacó la espada bruñida
mas allí cayó sin vida
con mil heridas de muerte.
Alza entonces la visera
uno de rojo plumage
y dijo atrevido paje
ora te veo á mis pies,
ya he castigado tu ultrage,
ya se ha vengado el marques.

EL MAPACHE.

El Mapache, á quien algunos autores han llamado Coati, confundiéndole con el verdadero animal de este nombre, es orijinário de las regiones meridionales de América y no se halla en el antíguo continente, siendo muy comun en aquella cálida region y principalmente en la Jamaica, donde habita en las montañas y de las cuales baja para comer cañas de azucar. Su tamaño y figura es comunmente como la del tejon pequeño; tiene el cuerpo corto y grueso; el pelo suave, largo, espeso, negro por la punta y pardo por debajo: la cabeza como la zorra: pero las orejas redondas y mucho mas cortas; los ojos grandes y de un verde que tira á amarillo, debajo de ellos una lista negra trasversal: el hocico afilado, y la nariz algo chata; el lábio inferior mas corto que el superior; los dientes como el perro; la cola muy poblada tan larga por lo menos como el cuerpo manchada de anillos negros y blancos alternativamente. Este animal se sirve de los pies delanteros para llevar la comida á la boca, pero sus dedos son poco flexibles, no puede asir nada, por decirlo asi con una sola mano, y se sirve de ambas juntas para cojer lo que se le dá. Aunque grueso y panzudo es muy ágil, trepa sin trabajo por los árboles y aunque camina siempre á saltos y sus movimientos son oblicuos, son sin embargo muy prontos y ligeros. En cuanto á sus propiedades particulares se podrá formar una idea por el contenido de una carta que describió Mr. Blanquart de Salines desde Calé con respecto á uno de estos animales que poseyó: dice asi. " Mi Mapache vivió siempre encadenado antes de venir á mi poder: en este cautivério se manifestaba manso aunque poco cariñoso: las personas de la casa le trataban todas igualmente pero él las recibia de muy diverso modo; de suerte que lo que admitia con gusto de parte de unas, le irritaba

de parte de otras sin equivocarse nunca. Várias veces se le rompió la cadena y la libertad le hacia atrevido: se apoderaba de un cuarto y no permitia que nadie se llegase á el; y asi era dificil volver á encadenarle. Desde que le tengo en mi casa le he dado suelta várias veces: sin perderle de vista le dejo pasear con su cadena, y cada vez que lo hago me manifiesta su reconocimiento con mil ademanes; pero no sucede asi cuando se escapa por su fuerza ó su indústria, pues entonces anda tres ó cuatro dias por los tejados de la vecindad, baja de noche á los pátios, entra en los gallineros, mata las gallinas, les come la cabeza, y sobre todo no dá cuartel á las aves que llamamos pintadas. La cadena no le hace mas tratable, sino solamente mas circunspecto. En este caso se sale de la estáncia: se familiariza con las gallinas, hasta permitirlas que vengan á tomar de su comida; y cuando las ha inspirado la mayor seguridad coje una y la despedaza.

Su tacto debe ser escelente, pues en todo su manejo rara vez hace uso de la vista ni del olfato. Para abrir una ostra, por ejemplo, la sujeta con los pies, y despues sin mirar busca con las manos el paraje mas débil; introduce por él sus uñas, entreabre las conchas y arranca la carne á pedazos sin dejar ningun vestígio de ella, y sin emplear en esta operacion ni sus ojos ni su nariz que tiene distantes. Si el Mapache no es agradecido á las carícias que recibe, es muy sensible á los malos tratamientos. Un criado de la casa le castigó un dia con un látigo: en vano procuró despues reconciliarse con él, ni los huevos, ni las langostas de mar, manjares deliciosos para este animal, pudieron calmarle nunca: cuando el criado se le acercaba, el Mapache entraba en una espécie de rábia, se abanlazaba á él con los ojos centelleantes, dando ahullidos y nada admitia de cuanto se le presentaba hasta que su enemigo se quitaba de su vista. Los acentos de la cólera son estraños en este animal, pues á veces imita el silvo del Chorlito y á veces el ladrido ronco de un perro viejo. Si alguno le maltrata, ó se vé acometido por otro animal que cree mas fuerte que él, no opone resisténcia alguna, sino que semejante á un erízo, oculta su cabeza y pies, forma de su cuerpo una bola, no dá indicio de dolor y en esta situacion sufriria la muerte.

Este animal empapa en água sus alimentos, tal vez porque la escasez de saliva le obligue á ello, pues he observado que no lo ejecuta con la carne fresca y chorreando sangre, ni con un melocoton, ni un racimo de uvas y que por el contrário echa en água los alimentos secos. Los niños son uno de los objetos de su ódio: sus llantos le irritan, y hace esfuerzo para abalanzarse á ellos. Tengo una perrilla, á la cual quiere mucho, pero cuando esta ladra la castiga asperamente." Esta propiedad es comun á otros muchos animales, que igualmente aborrecen los gritos. El Mapache de que habla Mr. Blanquart de Salines en la carta que hemos citado, era hembra y entraba en calor á princípios de verano: su celo duraba mas de seis semanas y en todo este tiempo no era posible hacerla estar quieta: todo la disgustaba y apenas comia.

D. Diego Garcia de Paredes famaso capitan, á quien podria nombrarse el Bayardo español, nació en Trujillo (pátria comun de valientes capitanes como Cortés, Pizarro, Sotomayor y otros) en mayo de 1466, de una de las mas ilustres famílias de España: el padre de D. Diego en las guerras de Fernando V contra el rey de Portugal, se mantuvo constantemente adicto á la justa causa, é hizo importantes servícios á su soberano; ejercitó á su hijo desde que era niño en el manejo de las armas, y á la edad de doce años, cubierto con su armadura, ya se señaló D. Diego por su valor contra los portugueses. Llegado á los diez y ocho años, bien sea por su estatura gigantesca, ó bien por su fuerza y continente marcial, se asemejaba á aquellos héroes tan célebres entre los griegos. Su fuerza, sobre todo, era tan estraordinária que apenas pueden comparársele los Trenk, Orloff, &c.: se asegura que siendo todavia muy jóven, detuvo con una mano sola una rueda de molino en lo mas rápido de su movimiento. Hasta la edad de cincuenta años este escesivo vigor le produjo una fiebre ardiente, durante la cual le acontecia con frecuéncia romper todo lo que habia á las manos, y aun maltratarse á sí mismo. En 1485 siguió á su padre á la guerra de Granada, y sirvió á las órdenes de Fernando en los famosos sítios de Baeza, Velez y Málaga. Este monarca, admirando las hazañas del jóven guerrero, le armó caballero por su própia mano, y le confió en seguida las empresas mas árduas. En esta campaña fue donde Garcia encontró un émulo digno de su glória: al gran Gonzalo de Córdoba, que era poco mas ó menos de su misma edad, y contrajo con él la mas íntima amistad. Despues de la toma de Granada (1492), se retiró á su pátria, donde al poco tiempo tuvo el sentimiento de perder á su padre. Impaciente en la ociosidad, quiso pasar á Itália, donde

iban á empezar las hostilidades entre Carlos VIII y Fernando el católico: pero sus parientes no se sabe por qué causa no quisieron que dejase por entonces su tierra natal. Privado por ellos de su armadura y caballo, se vió obligado para efectuar su proyecto á llevarse las armas y caballo de uno de sus primos; pero apenas se habia apartado algunas léguas de la ciudad, se vió atacado por seis hombres de armas enviados por sus parientes, que le intimaron volviese atrás. Garcia, naturalmente bueno, primero les invitó á que desistiesen de su empresa: pero viendo que precisamente querian detenerle por fuerza, no pudo contenerse, y mas terrible que un rayo se lanzó en médio de ellos; mató dos, hirió mortalmente á uno, y obligó á los demas á que huyesen. Luego que llegó á Roma fue muy bien recibido por Alejandro VI, que era pariente suyo, el cual logró retenerle cerca de sí en calidad de oficial de su guárdia. Todos los romanos bravos quisieron probar el valor del guerrero español, pero bien pronto supieron por su própia esperiéncia cuan peligroso era provocarle. D. Diego se cansaba en la ociosidad en que se veia obligado á consumir lentamente su vida, y no hubiera tardado mucho en dejar á Roma, á no haber sido por las reiteradas instáncias del Papa y del Cardenal Carvajal su primo. Por último presentóse una ocásion en la cual pudo ejercitar su valor. Los Orsinis, enemigos declarados de los Bórjias, habian tomado las armas contra Alejando VI y su hijo el duque de Valentinois. Garcia entonces fue nombrado capitan (1497), y despues de haber derrotado á los enemigos en muchos encuentros, fue encargado de tomar á *Montefiascone* donde se habian encerrado. Irritado de la larga resisténcia que le oponian, y careciendo de instrumentos para escalar la muralla, mandó hacer una escala de picas y escudos; subió hasta las almenas, derribó á todos los que le disputaban el paso, (1) bajó á la ciudad, y con una mano de Hércules rompió las cadenas y cerrojos de la puerta principal, facilitando por este médio una entrada á las tropas del Papa que se apoderaron de la plaza é hicieron un gran número de prisioneros. Despues de esta espedicion fue á reunirse con los españoles que sitiaban á Ostia, valerosamente defendida por Guerri. El intrépido D. Diego fue el primero que subió á la brecha, y habiendo hecho retroceder á los enemigos, gritó: *¡Seguidme, españoles, yo os abriré el camino de la victória!* Todos acudieron á su voz, y en menos de dos horas fue tomada la ciudad. Una trégua de algunos meses dió lugar á Garcia para regresar á España: pero habiendo renovado Luis XII las pretensiones de su antecesor á la corona de Nápoles, Fernando resolvió conquistar este reino y puso en pie de guerra una poderosa armada que se reunia (1500) en el puerto de Palos bajo las órdenes de Gonzalo de Córdoba. Garcia al momento fue á reunirse con su antíguo compañero de armas, y este conociendo su perícia y valor, le dió mando en las tropas que enviaba por órden de Fernando al socorro de los venecianos. Estos mandados por el general Pésaro, sitiaban entonces á Cefalónia que los turcos les habian tomado, y Garcia no tardó en merecer el aprécio de este general, y de hacerse temer de sus enemigos, que no pudiendo vencerle con las fuerzas ni el valor, resolvieron apoderarse de él por médio de la astúcia. Garcia que siempre se distinguia entre los escuadrones por su estatura y la impetuosidad de su valor, se encontraba como de costumbre á la cabeza de los mas valientes, en un ataque, cuando los sitiados, arrojándole muchos gárfios de hierro, que se agarraron á su coraza, lograron apoderarse de su persona, retirándole por este médio á la ciudad. No se habia desprendido Garcia de su espada ni de su escudo; se defendió todo el dia contra una multitud de turcos que no pudieron abatirle, pero agobiado de fatiga y cubierto de sangre, cayó en fin, y cargado de cadenas fue encerrado en una torre donde le guardaban cuidadosamente. Algo aliviado de sus heridas, y habiendo recobrado una parte de sus fuerzas, consiguió romper sus hierros casi en el momento en que el general veneciano daba el último asalto á la plaza, y apoderándose de las armas de un centinela que derribó, D. Diego logró evadirse de su prision: combatiendo en las calles, no contribuyó poco al éxito de aquella jornada tan favorable á las armas cristianas. Despues de la toma de Cefalónia (1501) acudió á la peticion de Alejandro VI que le llamaba en auxílio de su hijo el duque Cesar Bórgia. D. Diego siempre combatiendo á los Orsinis, se apoderó de Zofora y Faënza, señalándose en esta última plaza tanto por su valor como por su humanidad. El inhumano duque queria pasar á cuchillo á todos sus habitantes; pero Garcia se opuso diciendo: *No conteis para eso con el ausilio de mi brazo: estoy aqui como soldado, no como asesino; un verdadero soldado jamas se ensangrienta en la victória*; con lo cual se vió obligado el duque á perdonar á los vencidos. Desde entonces abandonó D. Diego para siempre la causa de los Bórjias, y fue á reunirse con el *gran Capitan* que ya habia penetrado en los estados napolitanos. Enviado con 3,000 hombres á la descubierta del pais, tomó á los franceses los castillos de Cosenza y de Manfredónia.

Apenas se restableció tomó la ciudad de Rufó y estuvo constantemente en la vanguárdia en las batallas de Seminara y Ceriñolas. (1503) Encargado de apoderarse de esta última plaza, la tomó por asalto. Pedro de Arambure que la mandaba, se habia refugiado al castillo, y en él recibió de Garcia un salvo conducto para poderse retirar con los suyos. D. Diego, incapaz de desconfiar, fue á visitar el castillo acompañado solamente de tres oficiales; cenó amigablemente con Arambure, y despues se retiró á la habitacion que se le habia preparado. En este tiempo, creyendo los franceses poderse hacer de nuevo señores de la plaza si se apoderaban de

(1) Este hecho y los que se siguen son afirmados por los escritores contemporáneos, como Pulgar, Vargas, &c.

Garcia, resolvieron sorprenderle cuando estuviese durmiendo. Por médio de una llave falsa se introdujeron en su cuarto; pero D. Diego que despertó al mismo tiempo, sospechando la traicion, saltó de su lecho, tomó la espada, y no tardó en hacerlos huir. Los españoles que guardaban las puertas del castillo acudieron al ruido, é instruidos de la causa que lo habia motivado quisieron que al momento se ahorcase á los culpables: *No, les dijo Garcia, están vencidos y avergonzados de su proceder; despreciemos una venganza baja que nada añadiria á nuestra glória; portémonos mejor; es preciso perdonarlos.* En seguida hizo partir á Arambure con todos los franceses, y les dió una escolta para que los custodiasen, á fin de que no fuesen insultados. De Cerignola fue á ocupar las plazas de San Germanó y de Roca Guillerma. En el paso del Garigliano fue Garcia quien decidió al gran capitan á que diese la batalla, y quien preparó su éxito. Ya se habia apoderado de Bocca-de-Andria, fuerte situado á la orilla derecha del rio; pero Gonzalo se encontraba en una posicion bastante crítica con 8,000 hombres que le quedaban, teniendo que batir á mas de 30,000. Justo apreciador de los talentos de Garcia, no desdeñaba sus consejos, y hablando un dia con él sobre las fuerzas superiores del enemigo, no pudo aquel disimularle el peligro que amenazaba al ejército español: *Garcia*, le dijo entonces Gonzalo: *puesto que jamas habeis conocido el miedo, no querais hacermelo conocer por la primera vez.* Picado Garcia de tal contestacion, quiso vengarse de ella con una accion brillante. Los franceses habian levantado á la izquierda del puente, que habian echado sobre el Garigliano, una bateria que incomodaba mucho á los españoles y que impedia al gran capitan el aventurar una accion: era necesário destruir esta bateria ó reducirla á un estado que no pudiese molestar á las tropas españolas, y esto fue lo que Garcia se propuso hacer. Al dia siguiente sin dar parte á nádie de su idea, se presentó en el puente armado con todas sus armas, y desafió á los mas bravos de los franceses que quisieren medirse con él. Los franceses por el pronto no hicieron gran caso de sus palabras; pues viendo que continuaban adelantándose á pesar de la resisténcia de las avanzadas, creyeron que este era un ardid y que el citado caballero iba á ser muy pronto seguido por todo el ejército español, cuyo proyecto segun ellos supusieron, era apoderarse del puente. Todos los franceses cargaron entonces sobre este mismo puente, y García, cual nuevo Horácio, sostuvo él solo el choque de tantos contrários. Ya retrocediendo, ya manteniéndose á pie firme, los habia atraido hasta el médio del puente donde les faltaba la batería que tan formidable era á los españoles, y entonces con todas sus fuerzas gritó: *A las armas españoles.* Pero muchos de los batallones de su campo ya se habian puesto en movimiento para ir en su auxílio; se empeñó la accion; la batería ya no pudo hacer fuego sobre los españoles sin destruir antes á los franceses; y los primeros, grácias á la intrepidez de García, acabaron por hacerse dueños de la mitad del puente, desmontando en seguida la batería, por lo cual al dia siguiente, Gonzalo dió la batalla, el 8 de diciembre de 1503, que tan favorable fue á las armas españolas. El valiente García mandaba la vanguárdia, y feliz con haber realizado su proyecto y contribuido á la victória, pasó en seguida á Sora y en pocos dias sometió este ducado. De allí pasó á Nápoles que acababa de conquistar Gonzalo, como tambien todo su reino, y entonces dió á García en recompensa de sus servícios la tierra de Colometta. Terminada la guerra de Itália García regresó á España donde obtuvo la mas favorable acogida de los reyes católicos. Ya empezaba la malevoléncia de los envidiosos á tratar de indisponer á Fernando con el Gran Capitan, y en una ocasion que García estaba en uno de los salones de la corte, algunos caballeros hablando entre sí, parecian querer poner en duda la providad de Gonzalo. Irritado García de sus espresiones, y conservando siempre una sincera amistad á su antíguo compañero de armas, interrumpió á los murmuradores diciéndoles con ademan terrible: "*Cualquiera que se atreva á injuriar el honor sin mancha del Gran Capitan, no tiene mas que recojer ese guante*", y lo arrojó en médio del salon. El Rey que habia oido esta conversacion se presentó, alzó el guante, lo devolvió á García diciendo á los caballeros: "*Retiraos, caballeros, no se debe hablar mal del que acaba de conquistarme un reino.*" Despues felicitó á García por su amistad con Gonzalo y le obligó á que no pasase adelante lo que allí habia ocurrido. D. Diego era un súbdito tan bravo como fiel, y Fernando creyó deber llevarse bien con él cualquiera que fuese su opinion con respecto al Gran Capitan. Poco despues pasó García á Trujillo, su pátria, donde fue recibido en médio de las aclamaciones de un inmenso pueblo, y en esta ciudad se casó á la edad de 40 años, pero al poco tiempo Fernando le envió cerca de su aliado el emperador Maximiliano que se habia declarado gefe de la liga de Cambrai contra la república de Venecia (1508), y García se halló en los sítios de Verona y de Vicence. Continuó cubriéndose de glória en los ejércitos de C. V. señaladamente en la batalla de Pavia (1525), y siguió á este monarca á Bolónia, donde despues de su coronacion (1528) le creó caballero de *la espuela de oro*; pero García no sobrevivió mucho á este favor. Una caida de un caballo le causó una violenta fluxion de pecho, de la cual murió en 1530 á la edad de 64 años, y por los cuidados del cardenal Borromée se puso un soberbio epitáfio sobre su sepulcro.

EDITOR RESPONSABLE. R. SOLA.

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA TIPOGRAFICA.
Calle del Leon, núm. 21.—MADRID: 1837.